

El concepto de ser humano en Freud

IRENE AGUADO HERRERA

PROPONERSE ESTUDIAR EL CONCEPTO DE SER HUMANO que se encuentra presente en cualquier teorización nos sitúa en el campo epistémico. Remitirse a la epistemología en el discurso psicoanalítico obliga a una serie de precisiones para delimitar el campo objeto de análisis. La epistemología del psicoanálisis es un espacio heterogéneo en el cual coexisten diferentes maneras de leer y entender tanto la obra de Sigmund Freud (1856-1939) como el psicoanálisis mismo en tanto teoría y práctica a la que sustenta y da lugar.

Por tanto, comenzaremos recordando lo que señala Freud en *Psicoanálisis y teoría de la libido* respecto de lo que nombra la palabra «psicoanálisis»; allí dice que es el nombre de: «1) un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías, 2) un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas fundado en esa indagación, y 3) una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica» [p. 2661]. El fundador del discurso psicoanalítico define de esta manera el campo por él inaugurado. Sin embargo, tanto en la obra de Freud como en la teorización posfreudiana encontramos diversidad y complejidad epistémica, éstas imponen una relatividad a las formas de proponer la lectura de determinados conceptos, así como la necesidad de llevar a cabo una construcción-reconstrucción de dichos conceptos.

José Ferrés dice que cuando se habla de la epistemología de Freud se hace referencia a su concepción de ciencia; es decir, la manera en que éste entiende la ciencia, el quehacer científico, los criterios que indicarán cuándo un conocimiento es tal, así como la relación del psicoanálisis con este campo. Dicha concepción responde a su tiempo histórico, es decir, Sigmund Freud se forma intelectualmente en la epistemología positivista y se adhiera

re a ella, de tal suerte que a lo largo de su obra se encuentran diversas referencias a dicha corriente, aunando a ello el propósito de que el psicoanálisis alcanzara el estatuto de ciencia natural. A partir de esto definirá también el tipo de relación de este discurso con otras ciencias como la biología, la neurofisiología, la física y la psicología, etc. Lo anterior es resultado de una formación intelectual que constituye lo conceptualizado como «saber transmitido», entendiendo por éste el producido y transmitido con base en el deseo consciente de saber, investigar y enseñar.

En la teorización freudiana se observa también una forma diferente de producción del saber que se relaciona, en tanto que ruptura o discontinuidad, con la manera tradicional de hacer ciencia. Octave Mannoni se refiere a este saber como aquel en el cual lo inconsciente tiene su parte y cumple su función, lo que remite al origen de la teoría psicoanalítica, a la escena original del psicoanálisis. En este sentido dice Mannoni: «Entendemos por saber transferido aquel que se produce cuando se espera un saber de "Otro" que no lo da» [*La otra escena o claves de lo imaginario* p. 87]. La condición necesaria para la producción de este saber es la existencia de una demanda de saber dirigida a otro; demanda que por el solo hecho de serlo implica la imposibilidad de su satisfacción. En función de ello se puede desarrollar o modificar un saber relativo al sujeto, por tanto, fragmentario y cambiante; permitiendo a la vez modificar la relación saber-inconsciente.

La producción de este saber, cuyo fundamento es un acto analítico, permite la producción de un saber *sobre lo* inconsciente y *de lo* inconsciente. Este acto psicoanalítico da lugar a un corte epistémico, punto sin retorno del que se genera el discurso en cuestión y, como dice Nasif, «a partir del cual lo que se tiene no es precisamente acumulación de un saber, sino necesidad de repetir aquello que [lo] instituyó» [*«Freud y la ciencia»* p. 68]. De este modo se da lugar a un discurso con una especificidad epistémica, es decir, un discurso cuyo objeto teórico es lo inconsciente.

En la obra freudiana existen dos tipos de saber al servicio de la formalización de una teoría; no obstante están en conflicto, se oponen mutuamente y originan contradicciones en el seno de la misma teoría.

Al campo inaugurado por Freud se han sumado múltiples y variadas propuestas para su lectura, así como para el entendimiento y desarrollo del discurso psicoanalítico. Por ello es imposible referirse de manera unívoca a la epistemología del psicoanálisis; es mejor hablar de epistemologías a fin de ser congruentes con la heterogeneidad característica de éste. El ámbito de la epistemología analítica también se encuentra en constante discusión y construcción, tarea que no deberá regirse por la ideología de la universalidad del discurso.

Realizadas estas consideraciones introductorias se abordará el objetivo central de este capítulo: el concepto de ser humano propuesto por Freud. Lo

haremos a través de los siguientes ejes: a) definición, b) origen y c) características; y finalmente se propone un análisis de este concepto.

Definición

Para Freud el ser humano es cualitativamente diferente de los animales como consecuencia de la producción realizada por aquél, y que da lugar a un orden nuevo y diferente del natural; es decir, se refiere a la cultura. «El término "cultura" designa la suma de producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre de la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí» [*El malestar en la cultura*, p. 3033].

Asimismo, encontramos que Freud entiende por cultura «todo aquello en que la vida humana ha superado sus condiciones zoológicas y se distingue de la vida de los animales» [*El malestar en la cultura*, p. 3037]. En esa obra este orden será caracterizado de la manera siguiente: a) «aceptamos como culturales todas las actividades y los bienes útiles para el hombre» y b) «consignaremos como primeros actos culturales el empleo de herramientas, la dominación del fuego y la construcción de habitaciones [] Con las herramientas, el hombre perfecciona sus órganos o elimina las barreras que se oponen a su acción» [3037].

Otro rasgo característico de una cultura es cómo son reguladas las relaciones sociales de los seres humanos entre sí, es decir, las relaciones sociales que conciernen al individuo en tanto que vecino, colaborador u objeto sexual del otro; como miembro de una familia o de un Estado. Esta sustitución del poderío individual por el de la comunidad representa el paso decisivo hacia la cultura.

Por la manera como es definida y caracterizada la cultura encontramos que el ser humano al cual se refiere nuestro autor se constituye como tal en el momento en que se modifica a sí mismo y a su entorno. Estos cambios son de diferentes tipos. Por un lado, los operados en relación con el orden natural: a partir del trabajo el ser humano modificará radicalmente su modo de relacionarse con la naturaleza. Ya no sólo estará a expensas de lo provisto de manera natural sino que se apropiará de los elementos naturales modificándolos y convirtiéndolos en herramientas útiles, tanto para enfrentarse a los peligros y amenazas naturales como para obtener mayor provecho de su entorno. Por otro lado el ser humano también cambiará la manera de concebirse a sí mismo y a sus semejantes debido a la existencia del trabajo. Al respecto, en *El malestar en la cultura* Freud expresa que

la cultura humana [] muestra como es sabido al observador dos distintos aspectos. Por un lado, comprende todo el saber y el poder conquistado por los hombres para llegar al dominio de las fuerzas de la naturaleza y extraer los bienes naturales con que satisfacer las necesidades humanas; y por otro, todas las organizaciones necesarias para regular las relaciones de los hombres entre sí y muy especialmente la distribución de los bienes naturales alcanzables. Estas dos condiciones de la cultura no son independientes una de otra; en primer lugar, porque en la medida en que los hombres se ven obligados a renunciar a la satisfacción de sus instintos, ejerce profunda influencia sobre las relaciones de los hombres entre sí; en segundo, porque también el hombre mismo individualmente considerado, puede representar un bien natural para otro en cuanto éste utiliza su capacidad de trabajo o hace de él su objeto sexual [p. 3037]

Además se operarán cambios en la vida anímica de los seres humanos originados también por estas nuevas condiciones de vida y por el nuevo orden de relaciones en los cuales se ve inmerso.

Es inexacto que el alma humana no haya realizado progreso alguno desde los tiempos más primitivos y que, en contraposición a los progresos de la ciencia y la técnica, sea hoy la misma que al principio de la historia. Podemos indicar aquí uno de tales progresos anímicos. Una de las características de la evolución consiste en la transformación paulatina de la coerción externa en coerción interna por la acción de una especial instancia psíquica del hombre, el superyó que va acogiendo la coerción externa entre sus mandamientos []. Este robustecimiento del superyó es uno de los factores culturales psicológicos más valiosos [S Freud, *El porvenir de una ilusión*, p. 2965]

Origen

El ser humano ha generado las condiciones que lo han llevado a transformarse de un ser natural en un ser social y cultural. Sin embargo, para vivir en sociedad es necesario sujetarse a leyes que permitan la convivencia y regulen las relaciones sociales. Esto ha significado que se restrinjan sus disposiciones pulsionales en lo que se refiere a su fin y a su objeto; éste es el precio que ha pagado el ser humano a cambio de poder gozar de los beneficios que la vida en comunidad representa, lo que nos obliga a reflexionar sobre el origen de las formaciones sociales. Sobre este tema encontramos diferentes propuestas por parte de este autor. Por un lado, las referidas al estado de indefensión en el que se encontraba el ser humano ante las fuerzas de la naturaleza. «Los peligros, con los que nos amenaza la naturaleza, son los que nos han llevado a unirnos y a crear la civilización que, entre otras cosas, ha de hacer posible la vida en común. La función capital de la

cultura, su verdadera razón de ser es defendernos contra la naturaleza» [El porvenir de una ilusión, p. 2967]

Existen entonces dentro de esta perspectiva dos pilares sobre los cuales reposa la cultura: «Uno, la dominación de las fuerzas naturales; el otro, la coerción de nuestros instintos» [S Freud, *Las resistencias contra el psicoanálisis*, p. 3415]

Por otro lado, habla también sobre la primera organización social: la totémica, cuyo origen se encuentra en la constitución de dos elementos simbólicos fundamentales: el tótem y el tabú. El primero hace referencia a la representación del padre muerto a manos de los hermanos de la horda primitiva; el segundo, a dos interdicciones básicas, la prohibición del incesto y la prohibición de comer al tótem: «La transformación de la actitud respecto del padre no se limitó al orden religioso, sino que se extendió como era lógico, al otro sector de la vida humana sobre el que también había influido la supresión del padre, esto es, a la organización social» [Tótem y tabú, p. 1843].

En la comida totémica está presente el padre a doble título, como dios y como víctima del sacrificio. La comida totémica es quizá la primera fiesta de la humanidad, dice Freud: «Sería la reproducción conmemorativa de este acto criminal y memorable que constituyó el punto de partida de las organizaciones sociales, de las restricciones morales y de la religión» [Tótem y tabú, p. 1838]

A este acto que da lugar a la forma más primitiva de organización social se deberá agregar otra consecuencia: la constitución de la conciencia moral. La conciencia tabú constituye, probablemente, la forma más antigua de la conciencia moral. La conciencia es la percepción interna de la repulsa de determinados deseos y tiene lugar a partir de que «el hombre primitivo transfiere al mundo exterior la estructura de su propia psiquis» [Tótem y tabú, p. 1805]. La conciencia posibilita y hace necesaria la ley que prohíbe lo que los seres humanos realizarían impulsados por algunos de sus instintos. La existencia de esta coerción externa será incorporada e introyectada por el sujeto, dando lugar así a la constitución del superyó, el cual

continúa desempeñando ante el yo el papel de un mundo exterior por más que se haya convertido en parte integrante del mundo interior []. Representará en sumada influencia de la infancia []; es decir, las inclinaciones y las normas del estado social en el cual viven las disposiciones y las tradiciones de la razón de la cual proceden [S Freud, *Compendio de psicoanálisis*, p. 3418]

Encontramos entonces dos maneras de explicar el origen de la sociedad y de la condición humana. La primera se refiere a las condiciones materiales de existencia que permiten y exigen que el ser humano para garantizar su supervivencia y mejorar sus condiciones de vida modifique su relación con

la naturaleza y con los otros seres humanos. Dicha modificación implica un cambio radical en su propia condición. La segunda se refiere al deseo y la ley que prohíbe su realización. Ambas resultan de un acto sangriento de parricidio que modificará definitivamente las relaciones de los miembros de un grupo social determinado, el cual se constituye como tal porque la muerte del padre, común a todos, funda un orden de legalidad diferente del natural: el orden simbólico. A la vez, éste es causa del ser humano. Este se articula y es efecto de la ley en tanto que ser de deseo. «La prohibición del incesto hace del hombre un ser hablante, un soñador, un creador» [N. Braunstein, «Nada que sea más siniestro (*unheimlich*) que el hombre», p. 216].

La ley de la prohibición del incesto da lugar al proceso en el cual se articulan y dinamizan la ley y el deseo, origen y causa del sujeto, y en virtud del cual es derivado al orden cultural. Este proceso es conceptualizado por Freud como «complejo de Edipo». Por este proceso, el ser humano ocupa un lugar en la sociedad, es miembro de una comunidad en la medida en que es sujeto de la prohibición y, por tanto, de deseo. Sujeto de deseo al cual se le prohíbe su realización. La inscripción en un orden generacional que lo historiza, y a través del cual el hombre se reconoce y lo reconocen, sólo es posible por la relación fundante y estructurante entre el deseo del otro (mediado por la madre) y el nombre del padre (que separa al niño del deseo de la madre para introducirlo en el orden del deseo).

Características

De acuerdo con lo ya señalado se puede caracterizar al ser humano como un ser social cuya pertenencia a una organización social permite que se constituya como tal, a la vez que le impone una serie de exigencias, modificándolo de manera radical. Tal transformación se caracteriza por un distanciamiento del orden biológico natural y de sus tendencias psíquicas; y da como resultado la diferenciación entre la pulsión y los instintos. «Si tenemos "instinto", nos orientamos hacia cierto ámbito de las teorías biológicas. Y Freud usa la expresión *Instinkt* en su acepción moderna "conducta preformada, heredada"; así, se refiere al instinto de los animales» [J. L. Etcheverry, «Sobre la versión castellana», p. 50]. En este sentido biológico hace referencia a un patrón preformado de comportamiento, cuyo esquema es hereditario y se repite de acuerdo con modalidades relativamente adaptadas a un determinado objeto.

La energía psíquica, esto es, la pulsión según Freud, se refiere a un proceso dinámico que consiste en un empuje (carga, energía, factor de movilidad), un querer alcanzar que hace tender al sujeto hacia un fin. La pulsión

tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión de la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin. Es preciso señalar como característica principal de la pulsión su labilidad, puesto que no existe un objeto predeterminado. La pulsión no tiene un objeto determinado con anticipación, lo encuentra y lo constituye a partir de la historia de cada sujeto. Objeto que no hace referencia a una «cosa» como objeto inanimado y manipulado, sino que representa aquello mediante lo cual la pulsión busca alcanzar su satisfacción, y bien puede tratarse de una persona o de un objeto parcial y ser real o fantaseado.

Este distanciamiento del orden natural también lo encontramos en la diferencia que existe entre la *necesidad* y el *deseo*. La necesidad es biológica y, por tanto, factible de satisfacción, mientras que el deseo, motor del psiquismo, «es la insatisfacción como resto después del colmamiento de la necesidad. El deseo vive de su insatisfacción» [O. Masotta, *Lecciones de intraducción al psicoanálisis*, p. 84], toda vez que, como decía Freud, ningún objeto coincide con el objeto que el sujeto busca. La vida anímica del ser humano, es decir el trabajo psíquico, es la búsqueda permanente de un colmamiento imposible de alcanzar. En la vida en sociedad es donde el ser humano pretende realizar el deseo, encontrar al objeto. Sin embargo, por su condición de social esto no le es dado, puesto que la ley de la cultura impone tanto la renuncia al objeto de deseo cuanto su búsqueda por caminos erráticos. He aquí el origen de la enfermedad, pero también de la creación.

Otro elemento por considerar es la renuncia a la satisfacción de las pulsiones impuesta al ser humano desde lo social. La cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones pulsionales, hasta el punto en que su condición radica precisamente en la insatisfacción, generándose por esto un malestar. El ser humano vive en desacuerdo con la cultura fundada en la renuncia pulsional y en la culpa, efecto paradójico de dicha renuncia. Por esta condición

cada individuo es virtualmente un enemigo de la civilización. Se da, en efecto, el hecho singular de que los hombres, no obstante serles imposible existir en el aislamiento, sienten como un peso intolerable los sacrificios que la civilización les impone para hacer posible la vida en común. Así pues, la cultura ha de ser defendida contra el individuo [S. Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3037].

En esa obra dice que para tal efecto la cultura dispone de diversos medios para coartar la agresión, hacerla inofensiva y quizá eliminarla:

La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede. Es dirigida contra el propio yo incorporándose a éste [...] La cultura domina la superyó [que asume] la función de conciencia (moral) [...] La cultura domina la

peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en una ciudad conquistada [p. 3053]

Asimismo, encontramos la creación de las instituciones como mecanismos de defensa de la sociedad por medio de las cuales son reguladas o neutralizadas las tendencias antisociales. Esta condición coercitiva de la sociedad y el correspondiente malestar por ella generado son permanentes. Por tanto, a lo más que se puede aspirar es a un menor número de miembros insatisfechos en una sociedad; «se consigue reducir a una minoría la actual mayoría hostil a la cultura se habrá alcanzado mucho, quizá todo lo posible» [S. Freud, *El porvenir de una ilusión*, p. 2963]

A partir de dicha coerción social y teniendo como base la labilidad objetal característica de la pulsión, se producen los actos culturales cuyo mecanismo fundamental es la sublimación, entendiendo por ésta el proceso mediante el cual la pulsión sexual cambia de fin o de objeto y es derivada hacia uno no sexual y socialmente valorado. «La sublimación de los instintos constituye un elemento cultural sobresaliente, pues gracias a ella las actividades psíquicas superiores, tanto científicas como artísticas e ideológicas, pueden desempeñar un papel muy importante en la vida de los pueblos civilizados» [S. Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3038]. Así, en *Las resistencias contra el psicoanálisis* dirá «muchos de nuestros tan preciados bienes culturales han sido adquiridos a costa de la sexualidad, por la coerción de las energías instintivas sexuales» [p. 3415]

Un aspecto más por teorizar, en relación con el concepto de sociedad, es el de los cambios que a través del tiempo se han generado y han propiciado diferentes formas de organización. A efecto de explicar este proceso Freud establecerá un paralelismo entre la historia de la sociedad y la evolución del individuo, señalando que son equiparables el proceso histórico social y el de maduración individual. Esto le permite proyectar hacia lo colectivo los descubrimientos realizados en lo individual a partir de la clínica. Sin embargo, también encuentra

un rasgo diferencial de ambos procesos [...]. La evolución del individuo sustenta como fin principal el programa del principio del placer, es decir, la prosecución de la felicidad mientras que la inclusión en una comunidad humana o la adaptación a la misma aparece como un requisito casi ineludible que ha de ser cumplido para alcanzar el objetivo de la felicidad [*El malestar en la cultura*, p. 3064]

De manera general, puede caracterizarse la existencia del ser humano en sociedad como una condición necesaria y constitutiva. Sin embargo, esta condición es a su vez fuente de malestar permanente e irresoluble. Lo cual implica, entonces, que la característica de la vida en sociedad y también de

la vida psíquica del ser humano sea el conflicto. A éste se ve enfrentado de manera continua constituyéndose en motor de creación y producción, o de patología y sufrimiento.

Análisis

Para hacer un análisis proponemos guiarnos por tres interrogantes: a) ¿a qué responde la teorización que Freud lleva a cabo sobre el concepto de ser humano? b) ¿cuáles son las características que sobre este trabajo podemos señalar? y c) ¿cuál es el lugar que en el debate epistémico propio de este discurso ocupa o debe ocupar este concepto?

En relación con la primera pregunta se puede decir que la elaboración del concepto de ser humano responde, por un lado a las características propias de la teoría propuesta por nuestro autor sobre la vida psíquica, ya que en ella se encuentra presente siempre la necesidad de teorización sobre la existencia de otros semejantes en función de los cuales se permite y da lugar la constitución del ser humano como tal y, por ende, como sujeto de deseo, sujeto de lo inconsciente. Así, en el texto *Psicología de las masas y análisis del yo* Freud señala dos ejes importantes en torno a este problema. Por un lado, el reconocimiento de que en la vida anímica individual aparece integrado siempre, efectivamente, el otro, bajo diferentes modalidades y en una variedad de formas de relación, las cuales son consideradas hechos sociales. Por el otro, el hecho de que al ser humano le es imprescindible vivir en sociedad, lo cual define el carácter de la psicología como una disciplina social, en un sentido amplio y plenamente justificado. La psicología individual, por tanto, no existe, ya que ésta se referiría al estudio del individuo, y éste como tal no existe. El ser humano siempre está en función de la existencia de otros, lo cual da lugar a la formación de una red configurada de relaciones.

Por lo mismo, en este discurso se conceptualiza al ser humano como un ser histórico social que deviene tal a partir de un orden que se estructura por la existencia del deseo y de la ley que prohíbe su realización. Un deber imperativo es trabajar en la recuperación teórica del ámbito social, sin el cual no podemos pensar al sujeto de lo inconsciente. El concepto de realidad social propuesto por Freud remite no sólo al aspecto cuantitativo, en tanto presencia fáctica de más de un individuo, sino fundamentalmente a un aspecto cualitativo en el cual los otros semejantes, con los que se establecen relaciones libidinales de objeto, dan lugar a una red de relaciones configuradas en una realidad subjetiva.

En cuanto al segundo interrogante respondemos que en este esfuerzo de

conceptualización hay diversidad de discursos que se entrecruzan, complementan y oponen. Entre ellos están el sociológico, el antropológico, el económico y el psicoanalítico, a partir de los cuales Freud propone un discurso que responde a las necesidades y a la lógica que su teorización le impone y, a la vez, a los criterios de cientificidad propios de su época. Esto implica una serie de contradicciones que es preciso tener presentes, a fin de discernir entre las propuestas que son verdaderas aportaciones e importantes líneas de investigación por desarrollar y las propuestas que no sólo no aportan sino que se contraponen a la especificidad propia del discurso fundado por Freud. En este sentido es oportuno recuperar lo señalado en las notas introductorias sobre la importancia de tener presente y claro desde dónde se realiza el análisis y, por tanto, cómo se llega a determinadas conclusiones o propuestas.

El tercer interrogante nos sitúa en un punto álgido, ya que es una de las cuestiones que se encuentran en el seno del debate epistémico en el campo psicoanalítico y divisoria de las diferentes lecturas de la obra freudiana. Si es necesario para el discurso psicoanalítico contar con una respuesta a la pregunta ¿qué es el ser humano?, ésta sería la primera cuestión por afrontar, lo que supone responder también en qué sentido y desde dónde se asumiría dicho trabajo. Es importante recuperar lo planteado por Freud desde una perspectiva crítica y desde adentro, esto es, desde la especificidad propia del discurso que señala el espacio de teorización e intervención tanto como sus alcances y limitaciones.

La primera consideración es la delimitación hecha por Freud en cuanto al objeto de investigación, teorización e intervención. Señalando al respecto que el objeto es lo *inconsciente*: «Lo inconsciente comprende, por un lado, actos latentes y temporalmente inconscientes, que, fuera de esto, en nada se diferencian de los conscientes, y, por otro, procesos tales como los reprimidos, que, si llegaron a ser conscientes, presentarían notables diferencias con los demás de este género» [*Lo inconsciente*, p. 2064]. En este párrafo distingue entre lo inconsciente en sentido únicamente descriptivo y lo inconsciente dinámico (reprimido), es decir lo inconsciente propiamente dicho. En la misma obra Freud considera que por las características de la vida anímica lo inconsciente es un concepto necesario y legítimo. Esta formulación señala la delimitación epistémica y metodológica del psicoanálisis, y también su ubicación en relación con el campo de la ciencia. La recuperación y teorización que se haga sobre el concepto de ser humano debe respetar las características de la regionalidad epistémica de este discurso.

Desde esta regionalidad el ser humano del que se trata es aquel que llega a serlo sólo a partir de que se lo ubica respecto de la ley y del deseo, y se lo incluye en un ámbito que no le es natural sino impuesto desde el deseo de los otros, que a su vez son sujetos de deseo. Por tanto, el ser humano es

efecto y no causa del deseo. Esto nos lleva a pensar que el ser humano del que trata el psicoanálisis es descentrado de sí mismo.

El hombre es así fuerza surgida de la naturaleza que niega la naturaleza. Es lo más *unheimlich* (ominoso) porque sale de sí de su lugar (*heim*) para hacerlo extraño, siniestro [N. Braunstein, «Nada que sea más siniestro (*unheimlich*) que el hombre» p. 201].

Bibliografía

- BRAUNSTEIN, NÉSTOR, «Nada que sea más siniestro (*unheimlich*) que el hombre», en Néstor Braunstein (comp.), *A medio siglo del malestar en la cultura de Sigmund Freud*, México: Siglo XXI, 1985, pp. 191-228.
- ETCHEVERRY, JOSÉ LUIS, «Sobre la versión castellana», Sigmund Freud, *Obras completas*, vol. 1, Buenos Aires: Amorrortu, 1981.
- FREUD, SIGMUND, *Obras completas*, trad. Luis López-Ballesteros y de Torres, Madrid: Biblioteca Nueva, 1989.
- , *Compendio de psicoanálisis, Obras completas*, pp. 3379-3418.
- , *El malestar en la cultura, Obras completas*, pp. 3017-3067.
- , *El porvenir de una ilusión, Obras completas*, pp. 2901-2992.
- , «Las resistencias contra el psicoanálisis», *Obras completas*, pp. 2801-2807.
- , «Los instintos y sus destinos», *Obras completas*, pp. 2039-2052.
- , «Lo inconsciente», *Obras completas*, pp. 2061-2082.
- , «Psicoanálisis y teoría de la libido», *Obras completas*, pp. 2661-2676.
- , «Psicología de las masas y análisis del yo», *Obras completas*, 2563-2610.
- , *Tótem y tabú, Obras completas*, pp. 1745-1850.
- MANNONI, OCTAVE, *La otra escena o claves de lo imaginario*, trad. Matilde Horne, Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- , «Psicoanálisis y enseñanzas», en *Un comienzo que no termina*, trad. Jorge Lovisolo, Buenos Aires: Paidós, 1982, pp. 53-72.
- MASOTTA ÓSCAR, *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, vol. 1, Barcelona: Gedisa, 1979.
- NASIF, JACQUES, «Freud y la ciencia», *Luz*, no. 1, 1985, pp. 65-85.
- PERRÉS, JOSÉ, *El nacimiento del psicoanálisis*, México: Plaza y Valdés, 1988.